

Repetir curso

Cuentan que Tales de Mileto, absorto en el estudio de los cielos, se precipitó a un pozo despertando la hilaridad de sus criadas. Cuando los contemporáneos de Platón pasaban por cerca de la Academia —en cuyo friso se leía «no entre aquí quien no sepa matematizar»—, muchos de ellos debían reírse como las cradas de Tales imaginando la estúpida ocupación de sus inquilinos. ¿Saber por saber! ¿Saber para nada! ¿Preguntar y preguntar qué es en lugar de qué me parece, de qué tal me viene, de qué opino yo! Ellos mismos reconocerían gustosos «haber suspendido el examen del friso» pasando de largo más contentos que unas pascuas. Cuando, en cambio, vemos a nuestros alumnos convertir los institutos en un mar de lágrimas en la época de los exámenes, debe ser porque algo muy grave ocurre hoy en día con la ciencia. Claro, es que a ellos no les advertían nada en la puerta: sus padres los sentaron ahí desde pequeños y los sientan todavía incluso siendo ya mayorcitos aunque sólo sea para no tener que reconocer un parado más en la familia. Los profesores les pasan lista todos los días y amenazan con suspenderlos por faltas de asistencia. Curiosamente el suspenso, lejos de significar la libertad de esta prisión o guardería infantil significa la obligación de seguir en ella un año más «repetiendo curso». «Pasar de largo» por suspender el examen es imposible, te obligan a todo lo contrario. Tanto tiempo —ocho horas diarias— ahí sentado basta para convertir cualquier suspenso en un motivo de sincero llanto.

Difícilmente podría convenirse a un alumno hoy en día de que las matemáticas o el saber son la felicidad del ser humano, como dijeran los griegos. Lo ingrato que se ha hecho el aprender no es, sin embargo, una cuestión de gustos; por desgracia es una prueba palpable de que nuestro «aprender» no es aprender en absoluto, o por lo menos, no es un aprender científico. Sí, porque Platón o Aristoteles no hablaban de la felicidad de saber basándose en ciertos sentimientos de alegría con que a veces se compensa la labor científica. La felicidad era, para ellos, la esencia del conocimiento científico. Sólo ahí donde «yo no soy yo», sólo ahí donde mi palabra es la Palabra, sólo ahí donde yo ya no estoy, ahí eternamente frente a lo eterno, ahí sólo es posible ser feliz con plenitud y sólo ahí se hace presente por primera vez el ser de

las cosas más allá de todas nuestras opiniones, de todas nuestras preocupaciones, de todos nuestros sufrimientos y sinsabores. Lo falso y lo verdadero es la vida misma en la que la felicidad respira, en otro tiempo que no es el nuestro, en otro lugar que no es nuestro yo. De ahí que la definición de la vida científica, la definición de lo que es «ver un concepto», sea mantener las puertas abiertas para aquel que quiera ser feliz y abiertas también para aquel que quiera dejar de serlo. La obligatoriedad de la enseñanza es la supresión misma de la vida científica en nuestra sociedad. Obligar a los alumnos a asistir a clase es tanto como levantar un friso en la puerta de cada aula diciendo: «Prohibido ver conceptos».

Debido a estas cosas, Platón sólo necesitaba de un «examen». Bastaba advertir en la puerta que ahí se hacía «matemática», que ahí se iba a «saber por saber». Mantener las puertas abiertas era la mejor de las garantías para que los alumnos estudiaran tanto como podían estudiar y aprendieran tanto como podían aprender. ¿Quién perdería el tiempo sentado estudiando algo que no le interesaba? Y sin embargo, ésta es por desgracia la situación general de nuestros alumnos actuales. Ellos jamás buscan el cuadrado de la hipotenusa, mejor dicho, ellos jamás se esfuerzan en dejar de ser ellos para que sea el cuadrado de la hipotenusa el que busque por sí solo el cuadrado de los catetos. ¿Por qué? Porque son ellos —¡precisamente ellos!— los que tienen que aprobar el examen, y es justo por eso por lo que lo único que buscan en realidad es ese mequino aprobado sellado con su nombre. ¡Ingrata tarea perder doce años de vida tras objetivo tan insulso! Hacen falta cadenas para realizar el milagro de una población dispuesta en general a perder así su vida.

¿Pero es que se está acaso proponiendo suprimir por completo los exámenes, podría preguntarse? Ya nos gustaría saber cómo se las arreglaban los griegos para reconocer a quien sabía entre los que pretendían saber... ¿Cómo reconoceríamos entonces a un verdadero médico, a un verdadero físico, a un verdadero historiador?

¿Bien triste es esta pregunta! Si tuiéramos que reconocer a un físico por su expediente académico, Einstein jamás habría demostrado nada a nuestros ojos. A Einstein lo reconoce-

mos por la fuerza de sus argumentaciones y no por otra cosa. Muy bien, se está hablando de un genio... ¿Pero es que eso quiere decir que cualquiera de nosotros ha de ser reconocido como físico por algún otro motivo que el de la fuerza de sus elementales argumentos? Nuestras pretensiones no son utópicas; si lo parecen es sólo por la inmensa gravedad de la situación en la que nos vemos hundidos; y lo mínimo que se puede hacer es aceptar esta gravedad. Aceptar, en definitiva, lo siguiente: que si nuestra sociedad reconoce a sus científicos por los expedientes académicos —cuando no por los enchufes y otras artes—, si nuestra sociedad no tiene tiempo de atender a argumentaciones científicas, si nuestra sociedad no puede detenerse a atender al pensamiento, es porque en nuestra sociedad no importan en absoluto ni el pensamiento, ni las argumentaciones científicas, ni la ciencia en general. Y es que, es cierto, lo habíamos olvidado, nuestra sociedad es la sociedad capitalista. Si la EGB es obligatoria no es con la esperanza de despertar el espíritu de saber en la población; si no conviene que la población sea analfabeta es porque hoy en día es preciso que los obreros sepan leer los carteles de «prohibido fumar» cuando trabajan en una fábrica de explosivos. Si el BUP es hoy multitudinario es, en primer lugar, porque en algún sitio hay que meter a esos delincuentes en potencia que son los adolescentes. En segundo lugar, porque las universidades precisan de cierto instrumental técnico-teórico —en absoluto científico— para proseguir su enseñanza. En tercer lugar, porque los largos años de bachillerato —acostumbrando al alumno a hablar en voz baja sin jamás concebir un pensamiento— operan con la fiable garantía de que jamás se dedicarán las Universidades a esa ocupación por naturaleza subversiva que los griegos llamaron «vida científica» y por tanto, de que jamás hará falta cortar la cabeza a ningún Sócrates, porque se la habrán cortado ya en el bachillerato. Y si la Universidad misma está hoy tan habitada no es ya para ser el respaldo de nuestra inexistente comunidad científica: es sólo para nutrir de técnicos especializados a la creciente complejidad de la división del trabajo que necesita la reproducción ampliada del capital.

(*) Profesor de Instituto.

Galizatik

Aurrera doa Galaiko-portuges Hizkuntzaren II. Nazioarteko biltzarrea. Joan den 23an Kompostelan hasia, Ourense jarraituko da igandera arte. Haserako bilera orokorrean, 150 pertsona bildurik, Unibertsitateko areto nagusian hutsune nabarmen bat, ez alkatea agertu da eta ez Unibertsitateko errektorea. Galizako ofizialismoak sumo txarrez ikusten du lusotar mundu zabalaren aldera begira antolatzen diren ekintza hauek.

Galiziar prestu batek, jakina denez, ferroltar generalisimo hark egin zuen bezala, Madrileria aldera begiratzen baitu eta ez Lisboa aldera. Galiziarrek, hala ere, gero eta garbiago konprenditzen du bide dute bidea nondik doan. Oso interesgarria izan da, esate baterako, Lozano eta Istobito bi gizarpide gazteek Pilar Garcia Nizgora irakasle eta militante ezagunaz, lusismoa biguntzak jota gordinki erasotzea («Nos somos simplemente una comunidad lusófona no Estado español») eta hortaz beraz zeinen gainetik etorkizuna Madrilerekin haustearen gainean eraiki behar da.

Galiziarartasunak, bestalde, katalantartasunak bezalaxe, hizkuntza du ardatz. Olibenza entzun dugu hemen hizkuntza galdua duenez galdua da Portugalen, Agian Sares de Melo brasildar irakasle ospetsuak bota ditu hitzik ederrenak: «Denok izan gaitzke geure hizkuntzak poetak, egia da hori, baina denok izan gaitzke haren soldaduak».

Hemen gauden bi euskaldunok, bai Txepetxek eta bai nik, pozez entzun dugu Rio de Janeirotik heldu zaigun mezua.

TXILLARDEGI

hemeroteka

Benegas, aquí y allá

(Vicente Copa, en «El Correo Español», 25-9-87)

(...)

En la hipótesis de que Benegas no revalide su condición de secretario de Organización del PSOE —hipótesis sobre cuya verosimilitud carezco de datos— parece claro que el político guipuzcoano trataría de mantener su presencia política al frente de los socialistas vascos intentando sostener el actual «status», es decir, Ramón Jáuregui, presidente del PSE, el Benegas, secretario general, y Juan Manuel Eguiaray, vicesecretario, todo ello, naturalmente, si Ricardo García Damborenea y sus indudables y amplios apoyos no son suficientes para obtener la victoria congresual.

De lo expuesto se deduce que Benegas tiene la imperiosa necesidad de situar un pie en Madrid (Secretaría de Organización del PSOE) y otro en Vitoria (secretario general del PSE-PSOE), si bien con dedicación intensa a la primera misión y diferida y con mediador, la segunda. Y a medida en que se acerquen los congresos —el federal y el de Euskadi— veremos en qué dosis se distribuyen las atenciones de Benegas.

Esta anómala dicotomía política está creando alguna distorsión cuyo principal afectado es Ramón Jáuregui, presidente del Partido Socialista en Euskadi y vicelehendakari del Gobierno vasco, toda vez que su presencia y prestancia políticas se ven mediatizadas por las apariciones de Benegas que se producen a la manera de las tragedias griegas, es decir, al modo de «deux ex machina», o —para ser más claro—, con el aire y el marchamo de llegar aquí, hablar con el lehendakari, formular las declaraciones que correspondan y balsamizar las relaciones entre el PNV y el PSE-PSOE. Aunque los que están dando el callo en el día al día —y

con menos apoyo del que deberían— sean los que están en la capital de la comunidad autónoma y en las sedes central y provinciales del PSE-PSOE.

Pasó el verano

(«El País», 25-9-87)

En su tercera comparecencia en el programa de la televisión estatal «Ante la opinión», el presidente del Gobierno demostró por fin sus dotes para conectar con la audiencia y, a tenor de los resultados de la encuesta realizada por la empresa Demoscopia que hoy publica

«El País», mejoró la impresión respecto a anteriores eventos similares. Mejoró el entrevistado, pero no la portavoz bis del Gobierno, que hacía de entrevistadora, y cuya presencia, lo mismo que el marco del diálogo y el sistema empleado, seguía restando credibilidad a lo que allí pasaba, en la sospecha de que las preguntas eran pactadas, y los silencios, también. Fue clamorosa, en este sentido, la ausencia de una pregunta sobre una eventual crisis del Gobierno.

La insistencia del presidente en no conceder conferencias de prensa y en no someterse en directo ante la televisión a un interrogatorio de periodistas de los diversos medios

le facilita, desde luego, que nadie le ponga en apuros. Así, por ejemplo, cuando criticó ásperamente a los políticos que cambiaban de partido, a la entrevistadora se le olvidó preguntarle si esa crítica estaba dirigida también a su ministro de Asuntos Exteriores, que estuvo en varios Gabinetes de Suárez. O cuando hacía alarde de las estadísticas, nadie se interesó sobre la credibilidad de éstas cuando las da un Gobierno que manipula hasta las cuentas con la Comunidad Europea.

Pero hechas estas salvadedas, el presidente estuvo brillante, convincente en muchas ocasiones, y dijo cosas de interés.

